

IBIS, o LECHUZA, ave nocturna de presa, inmunda según la ley mosaica. Varias especies se hallan en Palestina y en toda el Asia Occidental. El ibis inmundo, *olus ascalaphus*, es el que probablemente se denota en Lev. 11:17, y Deut. 14:16, (Reina, halcón) y por la palabra buho, en Sal. 102:6.

IBLEAM, o JEBLAAM, *destructor de gente*, ciudad de Manasés, en el territorio de Isacar o Aser, Jos. 17:11; Jue. 1:27; 2 Rey. 9:27; 1 Crón. 6:70. Se supone que es Jelama, dos millas al norte de Jenin.

IBZÁN, *ilustre*, el décimo “juez de Israel,” nacido en Belén de Zabulón. Desempeñó su cargo por siete años, y fue notable por lo numeroso y próspero de su familia, 1182 A. C., Jue. 12:8.

ICABOD, *¿dónde está la gloria?* un hijo de Fineés y nieto de Elí. Estos así como la madre murieron el día del nacimiento de Icabod, 1 Sam. 4:19-22; 14:3.

ICONIO, grande y opulenta ciudad del Asia Menor, situada generalmente por algunos escritores antiguos en Licaonia, pero por otros en Frigia o en Pisidia. Se hallaba al pie de la cordillera del Tauro, rodeada por montañas, excepto por la parte del este, en donde había una llanura grande y fértil. Estando en el camino real de los Romanos que unía a Éfeso con Tarso, Antioquía y el Oriente, y en la intersección de varios caminos importantes, era un centro favorable para la difusión del evangelio, el cual fue predicado allí por Pablo y por Barnabé, 45 A. D., en el primer viaje misionario de aquel, Hech. 13:51. Pablo hizo muchos conversos, tanto judíos como Griegos; pero los incrédulos no sólo lo expulsaron, sino que lo persiguieron hasta Listra, Hech. 14:1-6, 19; 2 Tim. 3:11. Sin embargo, él volvió a visitar después esa ciudad, Hech. 14:21. En su segunda excursión con Silas, 51 A. D., debió de haber estado de nuevo en Iconio, Hech. 16:1-3, y de haber asociado consigo a Timoteo; lo propio debió de haber hecho en su tercera excursión, Hech. 18:23. La iglesia establecida así floreció hasta que fue extinguida por las persecuciones de los Saracenos, y después por las de los Turcos Seljukianos, cuyos sultanes residieron en Iconio, y la rodearon de fuertes murallas que aún subsisten, y de 108 torres cuadradas. Ahora se la llama Konieh, y es la capital de Caramania, con una población de 30,000 habitantes, compuesta de Turcos, Armenos, Griegos y judíos.

IDDO, oportuno, I., un profeta de Judá, que profetizó contra Jeroboam, y escribió las historias de Roboam y Abías, 2 Crón. 9:29; 12:15; 13:22: identificado por Josefo y otros con el profeta enviado a Jeroboam en Betel, y muerto por un león, 1 Rey. 13; pero esto no pasa de ser una conjetura.

II. Abuelo del profeta Zacarías, Zac. 1:1, 7; comp. Esd. 5:1; 6:14. Volvió de Babilonia con Zorobabel, Neh. 12:4, 16.

III. 1 Rey. 4:14.

IV. Un Levita, 1 Crón. 6:21.

V. Iddo o Jaddo, desventura, Esd. 8:17-20; 459 A. C.

VI. Iddo o Addo, amable, 1 Cró. 27:21, 1014 A. C.

IDITÚN. Véase Jedutún.

ÍDOLO, IDOLATRÍA. La palabra ídolo significa literalmente una representación o figura. En las Escrituras siempre se emplea en mal sentido, como representación de las deidades del paganismo de cualquier

naturaleza que fueran. En muchos pasajes, a los ídolos se les llama demonios, Lev. 17:7; Deut. 32:17; 2 Crón. 11:15; Sal. 106:37; 1 Cor. 10:20; Apoc. 9:20.

Dios prohíbe toda clase de ídolos o figuras y representaciones de criaturas, hechos o erigidos con el fin de rendirles un culto supersticioso, Exod. 20:3-5; 34:13; Deut. 4:16-19; 7:25, 26. Prohíbe también el que se represente a la Divinidad dándole una forma visible cualquiera que esta sea, Ex. 32:4, 5; Deut. 4:15; Neh. 9:18.

Los paganos tenían ídolos de toda especie en pinturas, bajo-relieves, y una gran variedad de esculturas hechas de materiales diferentes, como oro, plata, bronce, piedra, madera, barro, etc. Las estrellas, los espíritus, los hombres, los animales, los ríos, las plantas, y los elementos, eran los objetos que por su medio querían representar. Casi no hay objeto o potencia de la naturaleza; casi no hay facultad del alma, virtud, vicio, o condición de la vida humana, que no haya recibido un culto idólatra. Véase Estrellas. Algunas naciones adoraban piedras en bruto. Tal es la piedra negra de los antiguos Árabes, retenida por Mahoma, y ahora conservada en la Caaba de la Meca.

Es imposible determinar cuál fue la época en que se introdujo el culto de los falsos dioses y de los ídolos. No se hace mención de semejante culto antes del diluvio, si bien del silencio de la Biblia sobre el particular no podemos deducir que no existía. Josefo y muchos de los padres eran de opinión que la idolatría se había generalizado poco después del diluvio; y a la verdad, después del tiempo de Abraham se ve solamente un culto falso por dondequiera que uno dirija la vista. Los antepasados de ese patriarca, y aun él mismo, tomaron parte en la idolatría, como claramente se percibe de las palabras que se encuentran en Jos. 24:2, 14.

Los Hebreos no tenían forma especial de idolatría; imitaban las supersticiones de los demás, pero no consta que fueran los inventores de ninguna. Cuando estuvieron en Egipto, muchos de ellos adoraron a las deidades egipcias, Ezeq. 20:8; en el desierto adoraron a las de los Cananeos, Egipcios, Amonitas y Moabitas. Después de haber conquistado a Canaán, a las de los Fenicios, Sirios, y otros pueblos de los alrededores, Núm. 25; Jue. 10:6; Amós 5:26; Hech. 7:43. Raquel debió de adorar ídolos en la casa de su padre Labán, puesto que se llevó algunos consigo, Gén. 31:19, 30. Jacob después de su regreso de Mesopotamia, exigió a su gente que desechase a los dioses ajenos, así como también los supersticiosos zarcillos que usaban en las orejas, y los cuales ocultó debajo de una encina, cerca de Siquem, Gén. 35:2-4; y durante toda su vida mantuvo a su familia en el culto del verdadero Dios.

Bajo el gobierno de los Jueces, “los hijos de Israel hicieron lo malo a los ojos de Jehová, y sirvieron a los Baales, y dejaron a Jehová el Dios de sus padres, que los había sacado de la tierra de Egipto, y se fueron tras otros dioses, tras los dioses de los pueblos que estaban en sus alrededores, a los cuales adoraron, y provocaron a ira a Jehová, y dejaron a Jehová, y adoraron a Baal y Astarot,” Jue. 2:11-13. Gedeón después de haber sido favorecido por Dios con una liberación milagrosa, hizo un efod, que hizo caer a los Israelitas en un culto ilícito, Jue. 8:27. Los Terafim de Micás fueron también objeto de un culto idólatrico hasta la cautividad de Israel bajo los Filisteos, Jue. 17:5; 18:30, 31; 1 Sam. 4. Véase Terafim.

Durante la época de Samuel. 1 Sam. 7:3, 4, Saúl y David, el culto de Dios, según parece, se conservó comparativamente puro en Israel, aunque a juzgar por la presencia de los Terafim en la casa de la hija de Saúl y esposa de David, y Sam. 19:13, existía aun entonces cierta veneración por las imágenes. Salomón queriendo complacer a sus esposas extranjeras, hizo que se erigiesen templos en honor de Astoret, diosa de los Fenicios, de Moloc, dios de los Amonitas, y de Cemos, dios de los Moabitas. Su hijo y sucesor en Judá, Roboam, continuó el culto de las deidades paganas, 1 Rey. 14:21-24, y Jeroboam, rey

de las tribus del norte, levantó becerros de oro en Dan y Betel, e hizo pecar a Israel, 1 Rey. 12:20, 26-33. El pueblo, no estando ya refrenado por la autoridad real, adoraba no sólo dichos becerros, sino otros muchos ídolos, particularmente a Baal y Astoret. Bajo el reinado de Acab, la idolatría llegó a su colmo. La impía Jesabel se esforzó en extinguir el culto del Señor, persiguiendo a sus profetas (que, a guisa de barrera, mantenían todavía a algunos del pueblo en el recinto de la verdadera religión,) hasta que Dios, cansado de la idolatría de Israel, lo abandonó a los reyes de Asiria y de Caldea, quienes lo trasladaron más allá del Éufrates.

Judá llegó casi al mismo estado de corrupción que Israel. Las descripciones hechas por los profetas acerca de sus desvaríos e idolatrías, de sus abominaciones y lascivia en los lugares altos y en los bosques consagrados a los ídolos, y de sus sacrificios humanos, nos llenan de desconsuelo, y ponen de manifiesto la espantosa corrupción del corazón humano. Véase Moloc. La tendencia a la idolatría no fue enteramente destruida por la severa disciplina de la cautividad de Babilonia. Después del regreso, muchos de los Hebreos, aun entre los sacerdotes y Levitas, se casaron con mujeres paganas, y las siguieron en sus abominaciones; sin embargo, se arrepintieron con motivo de las reconvenciones de Esdras, Esd. 9:10. Más tarde, en la época de Antioco Epífanés, 167 A. C., hallamos a algunos de los judíos apostatando y siguiendo la idolatría griega, ya voluntariamente, ya por la fuerza, si bien muchos permanecieron fieles a su Dios, 1 Macab. 1:2. Aun en el ejército del noble Judas Macabeo se encontraron varios que practicaban la idolatría, 2 Macab. 12:39, 40. Los sufrimientos causados a los judíos por sus perseguidores paganos, y el conocimiento de las Escrituras adquirido por el estudio que de ellas hacían en las sinagogas todos los sábados, Hech. 15:21, desterraron al fin toda forma de idolatría pagana, y les hicieron apartarse de las imágenes adoradas por sus dominadores, los Romanos.

Como la conservación del culto del único Dios verdadero fue uno de los objetos fundamentales de la política mosaica, vemos por eso que la idolatría, esto es, el culto de otros dioses, ocupa en la ley mosaica el primer lugar en la lista de los crímenes. El único Dios vivo y verdadero era también el legislador civil y gobernante de Israel, y ellos lo aceptaban como su rey; por esto la idolatría era un crimen contra el Estado, y de consiguiente era tan justo que se castigara con la muerte, como la alta traición en los tiempos modernos. Según la ley mosaica, un idólatra debía ser muerto a pedradas, y una ciudad idólatra debía ser destruida enteramente con todo lo que contenía, Deut. 13:12-18; 17:2-5. Otro aspecto en que se presenta la idolatría de Israel, es la del adulterio contra Jehová, pues a Dios se le representaba como marido de su raza escogida, Isa. 54:5; Jer. 3; Ezeq. 16. Por la ley mosaica este crimen era castigado también con la pena de muerte.

De las 19 palabras hebreas traducidas en la Biblia española “ídolo” o “imagen” muchas expresan, en el original, la necesidad de la idolatría, el odio que se le debe tener, la degradación que acompaña a sus ritos y en la cual envuelve a sus adeptos, y los sufrimientos que trae consigo su práctica. La necesidad de ella se manifiesta muy a lo vivo en Isa. 40:18-20; 44:9-20; Jer. 10:2-16; y su irracionalidad e inmoralidad por Pablo en Rom. 1:18-32. Juan amonesta a los Cristianos contra cualquier forma de ella, 1 Juan 5:21, y anuncia la terrible suerte que espera a los idólatras, Apoc. 21:8. En la actualidad, la idolatría predomina en gran parte del mundo, y se practica por cosa de 800,000,000 almas, o sea cerca de las dos terceras partes de la raza humana. Es de temerse que la adoración de los crucifijos y pinturas, en algunos países que profesan el cristianismo, no sea ni más ni menos que el culto dado a los ídolos. Pero como la idolatría consiste no meramente en el culto externo de los falsos dioses, sino en la preferencia que se da, o la devoción que se consagra a cualquiera cosa que no sea el Altísimo, muchos en los países cristianos deben quedar incluidos en este cargo. Quienquiera que ama a este mundo o anda a caza de las riquezas, de los honores, de la ambición, o que busca la satisfacción del egoísmo en cualquiera de sus

formas, y olvida por eso o abandona a Dios y a Cristo, ese es un ídola tan verdaderamente como los antiguos Israelitas, y no puede esperar librarse de una terrible condenación, 1 Sam. 15:23; Col. 3:5.

IGLESIA. La palabra *ecclesia*, traducida iglesia, significa generalmente una asamblea civil o religiosa, y así se traduce algunas veces, como en Hech. 19:32. En el Nuevo Testamento significa por lo regular, una congregación de adoradores religiosos, ya sean judíos, como en Hech. 7:38, o cristianos, como en Mat. 18:17; 1 Cor. 6:4. Este último sentido es el en que más comúnmente se emplea, y entonces denota:

1. La iglesia cristiana universal; ya sea la iglesia invisible, que se compone de todas las almas redimidas a quienes Dios conoce, pero a quienes nosotros no podemos conocer de un modo infalible, Heb. 12:23; o la iglesia visible, formada de todos los que han hecho profesión de fe y declarado su intención de seguir a Cristo, Col. 1:24; 1 Tim. 3:5, 15.

2. O una iglesia particular o congregación de cristianos que han hecho profesión de fe y que se reúnen para celebrar el culto en determinado lugar; tales eran las iglesias de Roma, Corinto, Éfeso, Filipos, etc., a las cuales se dirigió Pablo en sus epístolas.

En Mat. 16:18, 19, parece significar algo más que el mero conjunto del pueblo redimido de Cristo, e incluir las doctrinas, dotes, instituciones y esperanzas que él le ha dado, es decir, el evangelio en el pleno desarrollo y cumplimiento de sus designios. La expresión comúnmente usada por Cristo mismo, es: “el reino de los Cielos,” o de Dios. Véase Reino.

IIM, *ruinas*, ciudad en el sur de Judá, Jos. 15:29.

IJE-ABARIM, *ruinas de Abarim*, Núm. 21:11; 33:44, 45, una estación en la frontera de Moab, cerca de Aineh, en la extremidad meridional de la cordillera de Abarim.

ILÍRICO, un país de Europa que estaba al este del mar Adriático, al norte de Epiro, y al oeste de Macedonia. Estaba dividido antiguamente en Liburnia, ahora Croacia, en el norte, y Dalmacia en el sur, la cual conserva todavía su nombre. Véase Dalmacia. Los límites de Ilírico variaron mucho en diferentes tiempos. Llegó allí Pablo predicando el evangelio de Cristo, y probablemente atravesó en parte esa comarca, 57 A. D., Rom. 15:19.

IMAGEN, I., un pilar erigido en honor de una falsa deidad, o una representación de un dios, pintada, grabada, fundida, etc., Dan. 3. Todo uso de imágenes como objetos del culto religioso, estaba estrictamente prohibido, Exod. 20:4, 5; 23:24; Lev. 26:1; Deut. 16:22, y su adopción original se condena como cosa indisculpable, Rom. 1:18-23. Véase Ídolo. La “imagen del cielo,” Ezeq. 8:3, 5, se refiere a Tamuz, a quien se cita en el vers. 14. Las “cámaras pintadas,” Ezeq. 8:7-12, tenían sus paredes cubiertas de pinturas idolátricas, tales como las que se hallan en las antiguas paredes de piedra de los templos egipcios y de las ruinas asirias. Véase Nínive.

II. Semejanza. La “imagen de Dios” en que fue creado el hombre, Gén. 1:26, 27; 5:1; 9; 6, fue una semejanza espiritual, intelectual, y moral respecto del Creador. Las huellas de esta imagen que sobrevivieron a la caída, deben servir como de reprobación de la idolatría, e inducir a los hombres a la caridad y el respeto mutuos, Hech. 17:28, 29; Sant. 3:9, 10; 1 Ped. 2:17. La posteridad de Adán ha nacido a semejanza del estado y condición de él después que cayó, y necesita ser regenerada por el Espíritu Santo a semejanza moral de Dios “en justicia y verdadera santidad, Efes. 4:24; Col. 3:10. Así como todos los hombres llevan por naturaleza la imagen del pecador Adán, así también todos los creyentes son

transformados a la semejanza moral del segundo Adán, y aun sus cuerpos son destinadas a llevar la semejanza de su cuerpo glorificado, Rom. 8:29; 1 Cor. 15:47-49; 2 Cor. 3:18; Fil. 3:21. Cristo es “la imagen de Dios,” 2 Cor. 4:4; Col. 1:15, siendo lo mismo que él en su naturaleza y atributos divinos, y manifestando al “Dios invisible,” como la perfecta impresión de un sello muestra cada uno de los rasgos del sello mismo, Heb. 1:3. Compare Juan 14:9.

El Sal. 73:20, “Tú menos preciarás sus apariencias” (o imagen), es una frase que denota la falsa y transitoria prosperidad de los malvados, pues Dios se la arrebató con la muerte, vers. 3-19. Compare Sal. 39:6, en donde la misma palabra ha sido traducida por el vocablo “tiniebla.”

Por allá a fines del segundo siglo, el culto de las imágenes pintadas o talladas fue introducido en las iglesias cristianas, debido al pernicioso contagio de las prácticas del paganismo de que estaban rodeadas. Esta innovación fue al principio tenazmente resistida por los sínodos eclesiásticos, pero fue cundiendo de tal manera con el tiempo, que al fin el segundo Concilio de Nicea, 787 A. D., hubo de autorizarla, y a pesar de las muchas protestas y leyes hechas en contra, llegó a generalizarse en toda la iglesia romana después del siglo noveno. El culto de las imágenes fue desechado del todo o en parte por los Reformadores del siglo XVI. En la iglesia romana, el Concilio de Trento, 1545-1563 A. D., decretó la conservación de las imágenes, y ordenó que se les tributase “la veneración y el honor debidos,” teniendo cuidado de hacer una sutil distinción entre esto y la adoración de las personas divinas o humanas representados por ellas, distinción que no alcanzan a percibir el común de los miembros de esa iglesia, y a veces ni aun sus mismos teólogos. Hoy los Papistas usan universalmente las imágenes, tanto en sus oratorios privados como en sus iglesias, y esto de tal suerte que la mayor parte de ellos quebrantan el segundo mandamiento de una manera escandalosa y los que no, violan a lo menos, la letra y el espíritu de la Biblia, Exod. 20:4, 5; Deut. 4:15; Juan 4:24; Apoc. 22:8, 9. Para lo que se dice en Gén. 31:19. Véase Terafim.

IMPERIO ROMANO, Sucedió al imperio macedonio, en lo de extender su dominio sobre la mayor parte del mundo entonces conocido. Se hace alusión a él en la profecía de Daniel 3:53, 40; 7:7, 19, 23, como a la cuarta potencia del mundo. Cuando se dio término al Canon del Antiguo Testamento, los Romanos no habían estado todavía en contacto con los judíos. Pero por el año 162 A. C., Judas Macabeo hizo alianza con ellos, 1 Mac. 8, la cual renovaron sus hermanos Jonatán y Simón, 1 Mac. 12:1; 15:17. La toma de Jerusalén por Pompeyo, 63 A. C., y por Sosio, 36 A. C., puso a los judíos bajo el dominio de Roma, y Judea pasó a formar parte de la provincia Romana de Siria, en el destierro de Arquelaos, 6 A. D. El Imperio Romano propiamente dicho surgió de la República de Roma, y duró desde el 31 A. C.—en que como resultado de la batalla de Accio, Octavio, después llamado Augusto, se hizo el primer emperador Romano—hasta la abdicación de Augustulo, 476 A. D. Las referencias del Nuevo Testamento tienen que ver principalmente con los primeros años del Imperio bajo los emperadores Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, y Nerón. Véase César. Su extensión y su poder habían llegado en esa época a su auge. Sus límites eran el Atlántico al oeste; el Eufrates al este; los desiertos de África, las Cataratas del Nilo, y los desiertos de Arabia al sur; el Rhin, el Danubio, y el mar Negro, al norte. Britania fue conquistada, también. Partía al este, Germania al norte, eran potencias semi-independientes. La población del Imperio en el reinado de Claudio se estima por Gibbon en 120,000,000 de habitantes. Los países conquistados por Roma eran convertidos en provincias sujetas a ella, las cuales eran regidas por gobernantes mandados generalmente de Roma, aunque algunas veces se les concedía cierto grado de independencia bajo la administración de gobernantes de entre sus propios hijos. Véase Provincia. A algunas de las ciudades conquistadas se las llamaba “ciudades libres,” puesto que eran gobernadas por sus propios magistrados y estaban exentas de ser ocupadas por una guarnición romana; y otras eran llamadas “colonias,” siendo primaria y principalmente comunidades de ciudadanos romanos

transportados allá. La destrucción de Jerusalén y del templo predicha por Cristo, Mat. 24:1, 2, 14-22, tuvo lugar en el reinado de Vespasiano, 70 A. D. Se supone que el destierro y la visión profética del apóstol Juan, Apoc. 1-9, 10, ocurrieron en el reinado de Domiciano, que terminó en 96 A. D. La unión, si bien meramente externa, que el imperio romano había traído a las naciones, la construcción de caminos militares, la supresión de los robos y piraterías, la extensión del tráfico y el predominio del latín en el Occidente, como el griego lo tenía ya en el Oriente, facilitaron la propaganda del cristianismo; al paso que el escepticismo de los eruditos, la superstición de los ignorantes, la corrupción universal de la moral, exigían imperativamente un remedio que procediese de Dios. El evangelio debió de haber sido anunciado por todo el Imperio en la época de los apóstoles. Con raras excepciones los emperadores romanos se hicieron notables por sus vicios y crueldades. Bajo su gobierno, los cristianos sufrieron de tiempo en tiempo severas persecuciones, hasta que Constantino abrazó el cristianismo, 323 A. D. y lo hizo adoptar como la religión de su imperio.

IMPOTENTE, falta de fuerza, ya sea por enfermedad, o deformidad natural, Hech. 14:8.

IMPUTAR, reconocerle a uno, atribuirle, contarle a su favor alguna cosa, ya le pertenezca personalmente o no, Sal. 32:2. Así, la justicia de Cristo se pone a favor o a cuenta del que cree en él, Rom. 3, 22; 4 (en donde el mismo verbo griego se traduce "imputar" y "contar") y el pecado del creyente se pone en contra de (en el lenguaje de la contabilidad, se caiga a) Cristo, quien lo ha expiado por medio de su sacrificio, Isa. 53:5; Luc. 22:37; Rom. 5; 10:4; 1 Cor. 1:30; 2 Cor. 5:19-21; 1 Ped. 2:24.

INCENSARIO, 2 Crón. 26:16, 19, vasija en que se llevaba el fuego y el incienso para ciertos usos del culto hebreo. Poco se sabe de su forma. El incensario para las oblações diarias, era al principio hecho de cobre, Núm. 16:39. El usado en el gran día de las expiaciones, era hecho de oro puro, 1 Rey. 7:50; Heb. 9:4. En las oblações diarias, el incensario se llenaba de carbones tomados del fuego perpetuo, y se colocaba en el altar del sahumerio, y allí se le regaba el incienso sobre los carbones, y al quemarse este difundía su fragancia por todas partes, Exod. 30:1, 7-10.

En el día de las expiaciones en el lugar santísimo, el incensario debió de haberse tenido en las manos por el oficiante y probablemente de una asa, Lev. 16:12, 13. Los incensarios de los Egipcios tenían largos asideros, semejantes al brazo y la mano del hombre, y en la palma de esta descansaba la taza del incienso. Los de los griegos y romanos tenían cadenas por medio de las cuales los columpiaban, como los que se usan ahora en el culto de los romanistas.

Los "tazones de oro llenos de perfumes," Apoc. 5:8, eran incensarios o vasijas llenas de incienso.

INCIENSO, el sagrado perfume ofrecido a Dios en el altar del sahumerio. Las sustancias gomosas que lo componían se mencionan en Exod. 30:34-38. Véase Estacte, Gálbano. El incienso era ofrecido en el altar del sahumerio, en el lugar santo, todas las mañanas y las tardes, por los sacerdotes, con fuego tomado del altar de los holocaustos, Exod. 30:1, 6-8; Luc. 1:9; y en el día solemne de la expiación el sumo sacerdote quemaba incienso en el lugar santísimo, Lev. 16:12, 13. La ofrenda del incienso correspondía solamente a los sacerdotes, hijos de Aarón; el Levita Coré, con los Rubenitas Datan y Abiram, y sus secuaces, fueron muertos, y el rey Uzías fue severamente castigado, por querer arrogarse las prerrogativas sacerdotales, Núm. 16:1-10, 39, 40; 2 Crón. 26:16-19. Mientras el sacerdote que oficiaba ofrecía el incienso, la congregación oraba en silencio, en el atrio exterior, Luc. 1:10, subiendo sus oraciones con la fragancia y el humo del incienso, hasta que el sacerdote aparecía de nuevo y le daba la bendición, Núm. 6:22-27, después de lo cual los Levitas comenzaban a cantar. El incienso es considerado por algunos como el símbolo de la oración, Sal. 141:2; Apoc. 5:8; pero con más propiedad representa

aquello que acompaña a toda oración de fe, y la hace aceptable a Dios, es a saber, los méritos de Cristo hechos eficaces para la aceptación del creyente, por la muerte propiciatoria del Redentor, siendo esta simbolizada por el acto de quemar el incienso con el fuego tomado del altar de los holocaustos. Así en Apoc. 8:3, 4, se dice que se dieron “muchos inciensos para ofrecerlos con las oraciones de todos los santos.” Semejantes oraciones habrán de ofrecerse en todo lugar, Mal. 1:11. Israel y Judá fueron reprendidos por los profetas, por ofrecer incienso a los ídolos, Jer. 11:12-17; Ezeq. 8:11.

Los primitivos cristianos dejaron la práctica de ofrecer incienso, con los otros tipos del ritual judaico que cayeron en desuso; y sus defensores alegaban que ellos no “quemaban incienso” como los paganos. Con todo, esa práctica fue adoptada más tarde so pretexto de que había que purificar el aire malsano de los lugares en que los cristianos perseguidos se reunían para estar en retiro o ponerse en seguridad. Con otros usos supersticiosos tomados del paganismo, el de quemar incienso se arraigó en la iglesia latina a fines del siglo sexto, y ahora es en ella universal. Se usa el olíbano o alguna imitación de él.

INCIRCUNCISO, se dice de aquel hombre que no ha pasado por el rito iniciatorio de la sociedad hebraica, un pagano. Se usa el término en sentido figurado, y con referencia a los labios torpes o pesados en el hablar, Exod. 6:12; 30; a los oídos que oyen con dificultad, Jer. 6:10; a los corazones en que no puede penetrar la verdad del evangelio, Deut. 10:16; Hech. 7:51; y también al primer fruto de un árbol, Lev. 19:23. Véase Circuncisión.

INCREULIDAD, la, respecto del testimonio de Dios, lo hace a Él mentiroso, y es un pecado de grandísima enormidad. Es el engendro de un corazón pecaminoso y depravado; porque ninguno que esté libre de esta clase de prevenciones podrá rechazar el abundante testimonio que Dios da respecto de la verdad de su palabra. Sal. 14:1; Rom. 1:19-23. La incredulidad respecto del sacrificado Salvador es especialmente un crimen sin nombre, que justamente sella la condenación de aquel que persiste en ella y rehúsa así ser salvo, Juan 3:11, 18; 5:38; 1 Juan 5:10.

INDIA, Ester 1-1; 8:9, el límite oriental

del reino de Jerjes; no la península del Hindostán, sino el Punjab o región que rodeaba el Indo, incluyendo tal vez a Scinda, al noroeste de la India moderna. La gente y las producciones de esta región deben haber sido conocidas a los judíos, porque se hacía un comercio activo con frecuencia entre la India y el Asia Occidental. Las importaciones que hacían las naves de Salomón eran principalmente de artículos indios, 1 Rey. 10:11, 22.

INFIEL, en Mar. 9:19, significa no falso de corazón, sino incrédulo.

INFIERNO, Esta palabra derivada de la voz latina *infernus*, lugar profundo, es traducción de una palabra hebrea y de dos griegas. I. La hebrea es *seol*, de una raíz que significa “demanda,” o de otra cuyo sentido es “ahuecar.” Se halla en el Antiguo Testamento hebreo 65 veces: y 39 (en la versión de Reina antigua) se ha traducido “sepulcro” o “sepultura;” 20 “infierno;” 3 “profundo” y una vez “sima,” otra “osario” y otra “huesa.” En la Septuaginta se ha traducido por medio de la pabra *hades*, “lo invisible,” nombre que los Griegos aplicaron primero al rey del mundo invisible, y más tarde al lugar de los espíritus despojados de sus cuerpos. Este uso de *hades* en vez de *seol* prueba que las dos palabras estaban acordes, por lo general, en cuanto a las ideas que expresaban. Empero al paso que los Griegos representaban el *hades* como gobernado por un dios independiente de los dioses del cielo y de la tierra, los Hebreos creían que el *seol* era una parte del reino de Jehová, Sal. 139:8; Prov. 15:11. Los gentiles no creían que había salida del *hades*; pero los piadosos Hebreos, a la vez que miraban el *seol* con temor, esperaban salir de allí y

creían en la resurrección del cuerpo, Dan. 12:2; Hech. 23:6-8, si bien es cierto que hasta que Cristo “sacó a luz la vida y la inmortalidad,” las ideas de los Hebreos relativas al estado futuro eran necesariamente vagas. Se habla del *seol* en el Antiguo Testamento como la morada subterránea a donde van todos los espíritus humanos, tanto los buenos como los malos, después de la muerte, Gén. 37:35; Núm. 16:30, 33; Sal. 9:17; 16:10; Isa. 14:4, 9-15. El sitio que servía de receptáculo al cuerpo se designaba en hebreo con una palabra muy distinta, Isa. 14:19, 20. *Seol* es un lugar de constreñimiento, Job 17:16; Isa. 38:10, de lobreguez, 2 Sam. 22:6; Sal. 6:5, de refugio para el que huye de las aflicciones del mundo, Job 14:23, de descanso de las ocupaciones de la tierra, Eccl. 9:10; un paraje del cual hay liberación, Sal. 49:15; Ose. 13:14- Se subentiende que había en él diferentes mansiones para los justos y para los malvados, Deut. 32:22; Sal. 86:13; Prov. 14:32; Isa. 57:2. Nunca se habla del *seol* como morada de Satanás o de los ángeles caídos.

II. En el Nuevo Testamento la palabra “infierno,” es diez veces la traducción de *hades*. Según las más recientes investigaciones de los manuscritos griegos del Nuevo Testamento la palabra “sepulcro” en 1 Cor. 15:55 debiera traducirse más bien muerte. Del mismo modo que *seol*, Job 11:8, se usa *hades* como antítesis del cielo visible, Mat. 11:23; Luc. 10:15. De él librará Cristo a su iglesia, Mat. 16:18. En *hades*, el rico, Luc. 16:22-31, estaba en angustias, mientras que al parecer en el mismo reino, aunque muy lejos y arriba, estaba Lázaro consolado. Véanse Seno de Abraham y Paraíso. Se distingue del lugar final de tormento, en Apoc. 20:13, 14.

La doctrina del Nuevo Testamento en cuanto a la morada después de la muerte de los espíritus de los redimidos desprendidos de sus cuerpos, difiere mucho de la del Antiguo Testamento. En el Nuevo se dice repetidas veces que ellos parten para estar con Cristo. Véase Juan 14:2, 3; 17:24; Hech. 7:55, 56; 2 Cor. 5:8; Fil. 1:23; Heb. 12:22-24; 1 Ped. 3:22; comp. Hech. 3:21. Para explicar esta diferencia, algunos han sostenido que Cristo al bajar al *hades*, Hech. 2:27, 31, o a las partes inferiores de la tierra, Efes. 4:9, proclamó allí las nuevas de haberse consumado la expiación, 1 Ped. 3:18-20, y habiendo preparado un lugar en la casa de su Padre, “llevó cautiva” allá “la cautividad” de los santos que entonces estaban en *hades*, y desde ese tiempo *hades* ha sido destinado para morada de los malos solamente.

III. Gehenna (*Geena*), otra palabra griega del Nuevo Testamento traducida “infierno,” se halla en él 12 veces. Era la forma griega dada al término que significa “el valle de Hinom,” y fue adoptado por los judíos después de la cautividad, y más tarde por nuestro Señor, para designar el lugar de tormento al que han de ser arrojados el día del juicio los espíritus malignos y los hombres reprobados. Nuestro Señor alude a él en los términos más solemnes y terribles, Mat. 5:22, 29, 30; 10:28; 18:9; 23:15, 33; Mar. 9:43-48; Luc. 12:5; Sant. 3:6; comp. Mat. 25:41, 46. El gehenna de los Evangelios y de Santiago parece sinónimo del “infierno” del Antiguo Testamento, Job 26:6; del “horno de fuego” de Mat. 13:42; del “lago de fuego” del Apoc. 19:20; 20:10, 14, 15, y de la “perdición” del mismo 17:8, 11.

El “tártaro” de que trata 2 Ped. 2:4, era, como se sabe, el lugar de castigo en la mitología griega. Compare Judas 6.

Bajo el gobierno de un Dios infinitamente santo, justo, sabio y amoroso, obligado por su propia naturaleza y por el cuidado que tiene del bienestar de su universo, a expresar el aborrecimiento que le inspira el pecado, y a ponerle un dique a éste como cosa ruinosa y detestable, la existencia de un infierno para el confinamiento y castigo de sus criaturas libres, responsables, pecadoras e impenitentes, que han hecho mal uso del tiempo de prueba que se les ha concedido, y han rechazado la gracia que él les ha ofrecido; tal existencia, lo decimos, es una necesidad que indica la razón, Rom. 6:23; 2 Tes. 1:6-11; Apoc. 20:11-15. El gran deseo que Dios tiene de que los hombres se libren del infierno, se manifiesta en

la expiación suficiente hecha por la muerte de Cristo, y en las amonestaciones y exhortaciones que dirige a los pecadores por toda la Biblia.

INHUMACIÓN, Véase Sepultura.

INIQUIDAD, el acto o actos de apartarse de la ley de la justicia y de Dios. Llevar la iniquidad, significa tener una culpa puesta a cargo de uno, Lev. 16:22; Núm. 14: 34. Los sacerdotes eran así designados para asumir las culpas de la congregación, y “hacer expiación por ella,” Lev. 10:17, por medio de los sacrificios prescritos. En esto eran ellos tipos de Cristo, Isa. 53:6, 11; 1 Ped. 2:24. Para simbolizar lo completo del acto típico de asumir los pecados del pueblo, los sacerdotes se comían en algunos casos la víctima del holocausto que por sus pecados presentaba aquel, Lev. 6:25, 26, 30. En cuanto a los sacerdotes mismos, su iniquidad, Núm. 18:1, tenía que expiarse de un modo diferente, Lev. 8:2, 14-17; 9:2, 7; 16:3, 6; Heb. 5:1-3; 9:7. La superioridad del sacerdocio de Cristo se echa de ver en que él, siendo inocente, no necesitó hacer sacrificio por sí mismo, Heb. 4:15; 7:26; 9:14.

INMORTALIDAD, en Dios es primitiva y absoluta; “quien sólo tiene inmortalidad,” 1 Tim. 6:16. En las criaturas depende de la voluntad del creador. La inmortalidad del alma humana se deduce de sus aspiraciones y capacidad sin límites, de su progreso indefinido, de lo incompleto que quedan en esta vida su castigo o su recompensa, etc. Esta doctrina ha sido generalmente profesada entre casi todas las naciones y tribus, y fue enseñada con mayor o menor grado de certidumbre por algunos de los filósofos más sabios de la antigüedad. Sin embargo, ningunos de los argumentos aducidos a su favor son del todo satisfactorios sin el testimonio de las Escrituras. Algunas veces se alega que el Antiguo Testamento no alude a ella de una manera clara e inequívoca; pero Cristo combatió a los Saduceos que creían que la muerte era el término del hombre en todos respectos, Mat. 22:23; Hech. 23:8, manifestando que, según lo expuesto en el Antiguo Testamento, los patriarcas que habían muerto vivían todavía, Exod. 3:6. Que los antiguos Hebreos creían en la continuación de la existencia del alma después de la muerte, se patentiza en la expresión que con tanta frecuencia ocurre en el Antiguo Testamento, usada por Dios mismo, “y fue unido (o recogido) a su pueblo,” la que evidentemente no se aplica al cuerpo, de cuyo entierro se habla en otros términos, Gén. 25:8, 9; 35:29; 49:29, 33; Núm. 20:24-26; 27:12, 13; Deut. 32:50; 34:5, 6. Otras expresiones ponen también de manifiesto la seguridad que el escritor tenía de que la muerte del cuerpo no termina la vida del alma, Sal. 17:15; 73:24-26; Dan. 12:2, 3. Pero estaba reservado a Cristo, por medio de sus enseñanzas claras y autorizadas, y levantando a los muertos, y resucitando él mismo de entre ellos, “sacar a la luz la vida y la inmortalidad,” 2 Tim. 1:10. En la parábola del rico y de Lázaro él dio por sentada la inmortalidad del alma, Luc. 16:19-31, y en otros pasajes se deja ver cómo predijo las penas eternas que sufrirían los malvados, y las bendiciones eternas de que serían objeto los justos, Mat. 25:46; Juan 5:28, 29. Sus apóstoles, enseñados por el Espíritu Santo, se expresaron terminantemente en palabras que implican la inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo, Hech. 7:55-60; 10:42; 1 Cor. 15; 2 Cor. 5:1-8; Fil. 1:2i-23; 1 Tes. 4:13-18. La bienaventuranza inmortal o eterna de los redimidos, es el don divino concedido por medio de Cristo, y que aquellos disfrutaban con motivo de la unión que con él tienen por la fe, Juan 10:27, 28; 11:25; Rom. 6:23; 1 Juan 5:11-13. Los términos traducidos “inmortal” e “inmortalidad” en 1 Tim. 1:17; Rom. 2:7; 2 Tim. 1:10, serían vertidos con más propiedad por medio de los vocablos “incorruptible” e “incorruptibilidad.”

INMUNDO. Véase Limpio.

INSPIRACIÓN, aquel influjo sobrenatural ejercido por el Espíritu Santo en la mente de los escritores sagrados, en virtud del cual declaraban ellos, sin cometer error alguno, la voluntad divina. Ya escribieran

sobre asuntos de que tenían previo conocimiento, o trabajaran como en muchos casos debe haber sucedido, por una revelación inmediata del cielo; ya operara el Espíritu en algún caso dado, dictando verbalmente, sugiriendo o dirigiendo; y por más claramente que podamos distinguir en los escritos de cada uno su carácter peculiar, su estilo, sus facultades mentales y otras circunstancias, la Biblia entera, sin embargo, fue escrita bajo la inerrable guía del Espíritu Santo, 2 Tim. 3:16.

Cristo siempre citó las Escrituras del Antiguo Testamento como infaliblemente verdaderas, y de autoridad divina, por ser la palabra de Dios. A los escritores del Nuevo Testamento se les prometió la inspiración, Mat. 10:19, 29; Juan 14:26; 16:13; y ellos escribieron y profetizaron con el auxilio de esta, 1 Cor. 2:10-13; 14:37; Gál. 1:12; 2 Ped. 1:21; 3:15; Apoc. 1:1, 10-19.

INTERCESIÓN, el acto de abogar por otros. Como el antitípico Sumo Sacerdote, Cristo intercede con Dios por los hombres: de un modo general, Isa. 53:12; Luc. 23:34; y especial, como el abogado de su pueblo creyente, Rom. 8:34; Heb. 7:25; 9:24; 1 Juan 2:1. Su intercesión comenzada en la tierra, Juan 17, continúa en el cielo, en donde él presenta ante el Padre su obra acabada y aceptada obediencia y sacrificio, y obtiene el don de la salvación, con todo lo que ella incluye de bienes presentes y eternos, para todos los que vienen a Dios por medio de Él que es “el único medianero entre Dios y los hombres,” 1 Tim. 2:5. Del Espíritu Santo a quien Cristo llama “el Abogado,” (“Consolador”—original *paracletus*) Juan 14:16, 26, también se dice que intercede por los creyentes, Rom. 8:26, 27, morando en sus corazones, dándoles deseos y palabras que de otra manera carecerían, los cuales son según la voluntad de Dios, y le son aceptables por Cristo. Los creyentes tienen el privilegio y el deber de interceder por los demás, Gén. 18:23-33; 1 Tim. 2:1.

INTERPRETACIÓN, revelación del verdadero significado de los sueños sobrenaturales, Gén. 11; Dan. 2; 4, o de lenguas desconocidas, etc., 1 Cor. 12:10, 30; 14:5, 13.

Para la exacta interpretación de la Palabra de Dios, los principales requisitos son, un corazón renovado, anhelante hasta no más de conocer y ejecutar la voluntad de Dios; la impetración del auxilio del Espíritu Santo; una firme convicción de que la Palabra de Dios debe gobernar la razón falible y el corazón del hombre; una comparación diligente de sus diferentes partes, para buscar la luz que las unas arrojan sobre las otras; informes fidedignos en cuanto a la historia, la geografía, las costumbres, las leyes, los idiomas, y la vida pública, doméstica e interior de los tiempos bíblicos. El estudiar así la Biblia por sí mismo es privilegio y deber de todo individuo.

INTESTINOS, Exod. 12:9, las entrañas o partes interiores de que se habla también en Exod. 29:13, 22; Lev. 1:9, 13; 3:3, 9, 14.

INVIERNO, Cant. 2:11; Mat. 24:20, en Palestina dura desde Noviembre hasta Febrero, y es estación de muchas lluvias y granizo, con vientos del norte algunas veces, y de cuando en cuando heladas y nieve, que permanece por algún tiempo en las cumbres de las montañas, Gén. 8:22; Sal. 74:17; 147:16, 17; Jer. 36:22; Zac. 14:8. Véanse Canaán y Nieve.

INVOCAR EL NOMBRE DEL SEÑOR, significa rogarle como a Dios, Gén. 12:8; Sal. 79:6; 105:1. Este es también el significado cuando se habla de Cristo, que es adorado como Jehová, Hech. 2:21; 7:59; Rom. 10:12; 1 Cor. 1:2.

IRA, se atribuye a Dios metafóricamente, o hablando según la manera de los hombres; esto es, las acciones providenciales de Dios son tales, que serían ejecutadas por un hombre en estado de ira; de

consiguiente, cuando se dice que derrama su ira sobre una persona o un pueblo, se emplea una expresión figurada para dar a entender que se trata de providencias aflictivas. Pero debemos guardarnos de atribuir debilidades humanas, pasiones, o malevolencias a Dios.

IRÓN, o JERÓN, *temeroso de Dios*, Jos. 19:38, ciudad de Neftalí, probablemente la llamada ahora Yarún.

ISAAC, *risa*, Gén. 17: 17; 18: 12; 21:6, uno de los patriarcas progenitores de la nación hebrea y de Cristo, hijo de Abraham y de Sara, 1896-1716 A. C. Se refiere su historia en Gén. 21; 24-28; 35:27-29. Es memorable por las circunstancias de su nacimiento, como hijo de la profecía y la promesa, nacido en la ancianidad de sus padres. Aun en su niñez fue víctima de la mala voluntad de su hermano Ismael, hijo de la esclava; y en esto, tipo de todos los hijos de la promesa, Gál. 4:28, 29. Educado siempre en el temor de Dios, cuando llegó a la pubertad manifestó una noble confianza y obediencia en la conducta que observó durante una notable prueba de fe, que estableció a Abraham como “padre de los fieles;” y en su dócil sumisión a toda la voluntad de Dios prefiguró al Hijo Unigénito del Padre. A la edad de 40 años se casó con su prima Rebeca, de Mesopotamia. Pasó la mayor parte de su vida en la parte meridional de Canaán, y en sus cercanías. En el entierro de su padre fue acompañado por Ismael, su hermano desechado. De dos hijos de Isaac se hace mención en las Escrituras. La parcialidad o preferencia que la madre tenía por Jacob, y la del padre por Esaú, dieron lugar a infortunados celos, a discordias, pecados y largas separaciones entre los hermanos, si bien todo fue gobernado de manera que se cumpliesen los designios de Dios. A la edad de 137 años, Isaac bendijo a Jacob, y le envió a Mesopotamia. A la de 180 murió, y fue sepultado por sus dos hijos en el sepulcro de Abraham. En cuanto a su carácter natural, Isaac era humilde, pacífico y amante de la meditación; en su piedad devoto, lleno de fe, y señaladamente sumiso a la voluntad de Dios.

ISAÍ, *viviente* o *varonil*, llamado también Jesse [en algunas ediciones de la Vulgata Latina y ciertas traducciones en inglés], un Betlemita de la tribu de Judá, hijo de Obed y padre de David. Fue nieto de Rut la Moabita, y en la patria de esta él y su esposa hallaron asilo cuando David estaba en mayor peligro con motivo de la encarnizada persecución de Saúl, Rut 4:17; 1 Sam. 16; 17:12; 22:3; Mat. 1:5. Respecto de su esposa, cuyo nombre se ignora, inferimos de lo que se dice en Sal. 86:16; 116:16, que era una mujer piadosa, y que enseñó a David a adorar al Dios de sus padres. Isaí tenía ocho hijos, un rebaño numeroso que estos cuidaban por turnos, y bastante riqueza. Que él ocupaba una posición distinguida se colige de la frecuencia con que aparece su nombre, pues a David se le llama muchas veces “el hijo de Isaí,” aun en una época tan remota como la de Isaías. Vease, si no, Isa. 11:1, 10, en donde se menciona a Isaí como uno de los antepasados de nuestro Señor.

ISAÍAS, salvación de Jehová, el hijo de Amós (o más bien Amoz, nombre distinto de el del autor de la profecía) uno de los más distinguidos profetas hebreos. Comenzó a profetizar en Jerusalén hacia el fin del reinado de Uzías, por el año 759 A. C., y ejerció el cargo profético unos 60 años bajo los tres siguientes monarcas, Jotam, Acáz y Ezequías, Isa. 1:1. Compare 2 Rey. 15:20; 2 Crón. 26-32. Los primeros doce capítulos de su profecía se refieren al reino de Judá; después siguen los capítulos desde el 13 hasta el 23, dirigidos contra las naciones extranjeras, excepto el 22 que lo fue contra Jerusalén. En los capítulos comprendidos desde el 24 hasta el 35, que según es de creerse, correspondieron a la época de Ezequías, Isaías parece penetrar el porvenir con sus ojos de profeta y fijar la mirada en los tiempos del destierro y del Mesías. Los capítulos desde el 36 hasta el 39, contienen una reseña histórica de la invasión de Sennaquerib, y del consejo dado por Isaías a Ezequías. Esta relación es semejante a la que se halla en 2 Rey. 15:13 a 20:19; y ciertamente el capítulo 37 de Isaías es casi palabra por palabra igual al de 2 Rey. 19. El resto del libro de Isaías, capítulos 40 hasta 66, contiene una serie de oráculos con

referencia a los tiempos del futuro destierro temporal, y al libramiento de él, y luego el profeta se explaya en visiones gloriosas del libramiento espiritual que había de obrarse por el Mesías.

Isaías parece haber vivido y profetizado en Jerusalén exclusivamente, y desaparece de la historia después de las relaciones contenidas en el capítulo 39. Una tradición que existe entre los Talmudistas y los Padres, refiere que fue dividido en dos con una sierra durante el reinado de Manasés, Heb. 11:37; y esta tradición se ha hecho constar en un libro apócrifo llamado “la ascensión de Isaías;” pero parece que se apoya en fundamentos ciertos. El sitio tradicional del valle Cedrón donde se dice que sufrió el martirio, está marcado por una morera.

Algunos comentadores han propuesto que se divida el Libro de Isaías cronológicamente en tres partes, que correspondan a los tres reinados de Jotam, Acas y Ezequías. Pero la conveniencia de hacerlo así sería muy discutible, puesto que no cabe duda de que varios de los capítulos se han transpuesto e insertado fuera del lugar que cronológicamente les corresponde. Pero la división que se hace del libro en dos partes es natural a la vez que lógica: la primera incluye los primeros 39 capítulos, y la segunda lo restante de la profecía, o sean los capítulos del 40 al 66.

La primera parte está formada de aquellas profecías y narraciones históricas que Isaías escribió durante el periodo de sus trabajos activos, en que se mezclaba en los asuntos públicos de los gobernantes y del pueblo, y obraba como mensajero enviado por Dios a la nación para comunicar la voluntad divina con referencia a las relaciones internas y externas que entonces existían allí. Estas son profecías sueltas, publicadas en diferentes tiempos y en diversas ocasiones. Ciertamente es que después se reunieron en una colección, pero fueron señaladas como sueltas y distintas entre sí, ya por medio de epígrafes o rótulos, ya por algún otro método claro y conocido.

La segunda parte, por el contrario, se ocupa exclusivamente del porvenir. Fue al parecer escrita en los últimos años del profeta, durante los cuales, habiéndose retirado él de toda injerencia activa en la teocracia y habiendo dejado esa parte de sus trabajos a cargo de colegas más jóvenes que él, pasó de la contemplación de lo presente a la de lo que había de venir. En esta parte, de consiguiente, que no fue como la primera ocasionada por circunstancias externas, no es tan fácil trazar la línea divisoria entre las diferentes profecías sueltas. El todo parece formar más bien una sola corriente profética.

El profeta consuela primero a su pueblo anunciándole su regreso del destierro de Babilonia que él mismo había predicho, cap. 39:6,7; hace mención del monarca a quien Jehová ha de enviar a castigar la insolencia de sus opresores, y a volver al pueblo a su país, cap. 44:28; 45:1-5, 13. Y no se conforma con hablar sólo de esta libertad de segundo orden. Con la perspectiva de que serían librados del destierro de Babilonia, una de las de que se verían libres también del pecado y del error por medio del Mesías. Algunas veces ambos objetos parecen íntimamente ligados entre sí; otras, uno de ellos se destaca con particular claridad y prominencia. Notase especialmente que la mirada del profeta se dirige en ocasiones tan exclusivamente a este último punto, que lleno de la contemplación de la gloria del reino espiritual de Dios y de su ensalzado Fundador, pierde de vista por algún tiempo el futuro más cercano. En la descripción que hace de esta libertad espiritual, no observa la relación de tiempo. Algunas veces el profeta contempla al Dador de esta emancipación en su humillación y sufrimiento; y después, la época más remota del reino del Mesías se le presenta a su extasiada mirada—esa época en que el hombre tan largo tiempo separado de Dios, haya de nuevo vuelto a él; en que todo lo opuesto a Dios haya sido destruido, y prevalezca universalmente una paz tanto interna como externa; y en que todo el mal introducido en el mundo por el pecado, haya sido por siempre desterrado. Elevado sobre todo tiempo y

espacio, el profeta contempla desde la altura en que el Espíritu Santo lo ha colocado todo el desarrollo del reino del Mesías, desde su comienzo hasta su glorioso perfeccionamiento.

A Isaías se le llama con razón “el profeta evangélico,” y los Padres llamaban su libro “el Evangelio según San Isaías.” En él la admirable persona y nacimiento de “Emmanuel, Dios con nosotros;” su vida benéfica; su muerte expiatoria, y su reino triunfante y eterno, se predicen minuciosamente, Isa. 7:14-16; 9:6, 7; 11:1-10, 32; 42; 49; 52:13-15; 53; 60; 61:1-3. La sencillez, la pureza, la dulzura y la sublimidad de Isaías, y el perfecto cumplimiento de sus predicciones relativas al Mesías, le dan la preeminencia entre los profetas y los poetas hebreos.

ISACAR, *recompensa*, I., llamado así por su madre, Gén. 30:18, el noveno hijo de Jacob, nacido en 1749 A. C. El carácter de su posteridad fue predicho por Jacob y por Moisés, Gén. 49:14, 15; Deut. 33:18, 19.

La Tribu de Isacar, que procedió de cuatro familias llamadas Tola, Puva, Job y Simrón, Gén. 46:13, ascendió a 54,000 hombres en el desierto; y al entrar a Canaán era la tercera en cuanto al número de sus miembros, el cual llegaba a 64,300, Núm. 1:28; 26:25. La tierra que le tocó, Jos. 19:17-23, teniendo el Jordán al este, a Manasés al oeste, a Zabulón al norte, y a Efraín al sur, incluía una parte considerable de la hermosa llanura de Esdraelón, la más fértil del país. Sus miembros eran agricultores laboriosos, Gén. 49:14, 15, y se hace honrosa mención de ellos por su bravura y prudente patriotismo, Jue. 5:15; 1 Crón 7:1-5; 12:32. Estuvo con Judá en el monte Garizim, cuando se pronunciaron las bendiciones y las maldiciones, Deut. 27:12. Tola, el juez, fue de esta tribu, Jue. 10:1, y dos de los reyes de Israel, el usurpador Baasa y su hijo Ela, 1 Rey. 15:27; 16:6. Varios miembros de esta tribu asistieron a la gran pascua de Ezequías, 2 Crón. 30:18.

ISACAR, un Levita Corita, hijo de Obed-edom, 1 Crón. 26:5.

ISBAC, *dejando atrás*, un hijo de Abraham y de Cetura, Gén. 25:2; 1 Crón. 1:32, progenitor de los Árabes del norte.

ISBI-BENOB, o JESBI-BENOB, morador en Nob, gigante que estuvo a punto de matar a David en una batalla, pero que fue muerto por Abisai, 2 Sam. 21:16, 17.

ISBOSET, hombre de vergüenza, hijo y sucesor de Saúl. Abner, pariente y general de Saúl, obró de manera que Isboset fue reconocido como rey en Mahanaim, por la mayor parte de Israel, mientras que David reinaba en Hebrón sobre Judá. Tenía 44 años de edad cuando comenzó a reinar, y reinó dos años pacíficamente, después de los cuales fue comprometido en una guerra dilatada y sin éxito contra David. Siendo abandonado por Abner, a quien él había provocado, se debilitó más y más, y fue al fin asesinado, 2 Sam. 2:8-11; 3; 4. Véase Esbaal.

ISLA. La palabra hebrea significa, en su origen, tierra habitable, a distinción de mares y ríos, Isa. 42:15; tierra adyacente al mar, ya sea costa de tierra firme, Isa. 20:6; 23:2, 6, o isla, Est. 10:1; o tierra separada de Palestina por el mar, Gén. 10:5; Sal. 72:10; Isa. 24:15; 66:19; Jer. 25:22; Ezeq. 27:3. “Las islas de las gentes,” Gén. 10:5, se supone que denota los países contiguos al mar Mediterráneo, al Negro y al Caspio, Ezeq. 27:15, y a las playas del Golfo Pérsico. Véanse Caftorim, Quitim, Eliseo. Muchas promesas bíblicas relativas a las “islas,” leídas a la luz de las conquistas del evangelio en la Gran Bretaña, Madagascar, Hawái, Japón, etc., nos animan a que nos esforcemos en extender los triunfos de aquel por todas las tierras habitables, Sal. 97:1; Isa. 42:4, 10, 12; Sof. 2:11.

ISMAEL, I., Gén. 16-21, hijo de Abraham y de Agar, 1911 A. C. Su nombre significa Dios oye, Gén. 16:11; 17:21; 21:17. Aunque maltratado por Sara, fue considerado al principio como el "hijo de la promesa," por Abraham, no obstante la predicción, Gén. 16:12; pero después del nacimiento y crianza de Isaac, fue echado de la casa a la edad de 17 años, y tomó con la madre el camino de Egipto, patria de Agar. Rendido de calor y de sed, y milagrosamente socorrido, permaneció en el desierto de Parán, adoptó la vida de cazador, tomó esposa de Egipto, y llegó a ser el padre de 12 hijos, cabezas de las tribus árabes, Gén. 25:13-16, y de una hija que después se casó con Esaú, Gén. 28:9. Se reunió con Isaac en el entierro de su padre, Gén. 25:9, y murió a la edad de 137 años, ver. 17. Los Israelitas, descendientes suyos, habitaron desde Havila hasta un punto llamado Sur, que estaba en frente de Egipto, Gén. 25:18, probablemente en la parte septentrional de Arabia, entre el Mar Rojo y la cabecera del Golfo Pérsico. Véase Havila IV. Posteriormente estos con los descendientes de Joctán, cuarta generación de Sem, de Jocsán, un hijo de Abraham y de Cetura, 25:3, y quizá también con algunos de los hermanos de Joctán y de Jocsán, además de las tribus cusitas que estaban en el Sur, 10:7, ocuparon toda la península árabe. Véase Arabia. Los Ismaelitas vinieron a ser muy numerosos y a tener mucho poder, según la promesa de Dios, 17:20, La predicción de que Ismael sería "un hombre fiero," literalmente hombre semejante a un asno montés, 16:12, compárese Job 39:5-8, se ha cumplido en la historia de sus descendientes. "Habitando delante de todos sus hermanos," conservando una vida distinta en medio de pueblos de la misma estirpe; "su mano contra todos, y las manos de todos contra él," en perpetua guerra aun unos con otros, han llevado siempre una vida errante, agreste y predatoria. Las tribus de Beduinos errantes que pretenden tener a Ismael como progenitor, son en la actualidad, aunque sujetos nominalmente al gobierno Otomano, los indómitos dueños del desierto, contra cuya rapacidad y violencias tienen que protegerse los viajeros con el auxilio de una escolta compuesta de gente de la propia sangre de aquellos. El término "Ismaelitas" fue aplicado más tarde a los Madianitas descendientes de Abraham y de Cetna, Gén. 37:25, 28; Jue. 8:22, 24, por haberse extendido probablemente el nombre de la tribu mayor, como término general, a todas las nómades de las cercanías.

II. Un príncipe de Judá que huyó a los Amonitas cuando Jerusalén fue destruida por los Caldeos. Poco después volvió y asesinó traidoramente a Gedalías el gobernador, y a otros muchos Caldeos y judíos, y atacó a 70 peregrinos que estaban en camino para el templo llevando ofrendas; se dirigió con los prisioneros y los despojos hacia Amón, pero fue alcanzado por Johanán, privado de su presa, y obligado a huir para salvar su vida, Jer. 40:41. El ayuno del mes séptimo, instituido en memoria de las calamidades que atrajo sobre Judá e Israel, Zac. 7:5; 8:19, se observa todavía por los judíos el día 3 de Tishri.

ISRAEL, *que prevalece con Dios*, I., nombre dado a Jacob después de haber luchado con el Ángel-Jehová en Penuel, Gén. 32:1, 2, 28, 30; Ose. 12:3. Véase Jacob. Bajo el nombre de Israel, se comprende algunas veces toda la posteridad de Israel, la simiente de Jacob, 1 Cor. 10:18; algunas veces a todos los verdaderos creyentes, su simiente espiritual, Rom. 9:6; y otras, el reino de Israel, o las diez tribus, a distinción del reino de Judá.

ISRAEL, Reino de, al principio la denominación dada a las doce tribus bajo el gobierno de un solo rey, 1 Sam. 15:28; 24:20, incluyendo el reinado de David en Hebrón sobre una porción de las tribus, 2 Sam. 2:8-11; 1 Crón. 12; pero generalmente, después de la división del reino en tiempo del reinado de Jeroboam, 1 Rey. 12:20-24, se daba este título a la sección septentrional, formada de las diez tribus o fracciones de tribus a distinción del reino de Judá que era más pequeño. (Véase.) La división, castigo impuesto a la idolatría de Salomón, 1 Rey. 11:9-13, fue el resultado lógico de la necedad de Roboam, y de la ambición de Efraín, tribu principal entre las diez. Vino a ser prominente a causa de las bendiciones que le otorgaron Jacob y Moisés, de las hazañas de su gran caudillo Josué, de su céntrico y fértil

territorio, y de su larga custodia del arca en Siloh. Reducida a una posición secundaria por la elección que Dios hizo de Judá como la tribu real, y de Jerusalén como la ciudad del templo, Sal. 78:67, 68, Efraín con las tribus del norte se emancipó del poder civil de Judá, eligió a Jeroboam como rey, y estableció para el nuevo reino santuarios rivales idólatras, fiestas y sacerdotes, 1 Rey. 12:25-33. Véase Reyes.

El área del reino de Israel varió en diferentes épocas, 2 Rey. 10:32; 13:25; 14:25. Al principio fue estimada en cerca de 9,000 millas cuadradas, (casi como la del Estado de New Hampshire, Estados Unidos de América,) con una población de 3,000,000. La duración del reino fue de 254 años, desde 972 a 721 A. C., dándole fin los Asirios 135 años antes de que los Babilonios pusiesen término al de Judá. Sus capitales fueron sucesivamente Siquem, 1 Rey. 12: 25; Tirsa, 14: 17, y Samaria, 16:24. Jezreel fue también una residencia real favorita, 21:1.

Sin contar a Tibni, rival de Omri, 19 reyes de nueve casas diferentes reinaron sobre Israel. De estos, siete usurparon el trono con derramamiento de sangre. Todos fueron impíos, puesto que imitaron al primer rey Jeroboam que instituyó el culto de los becerros de oro. El culto de Baal fue establecido por Acab, el séptimo rey. La idolatría y la corrupción de Israel fueron censuradas por una serie de profetas, y castigadas con la espada, el hambre, la anarquía, la cautividad, etc. Elías, Elíseo y otros lograron efectuar algunas reformas parciales y provisionales; pero la idolatría nunca fue desarraigada. Judá e Israel, cuyas relaciones fueron al principio hostiles, 1 Rey. 15:6, 16, se hicieron aliados durante el reinado de la casa de Omrí en Israel, 1 Rey. 22:44, 929-884 A. C., habiéndose casado Atalía, hija de Acab, con Joram rey de Judá; mas esta alianza introdujo la desmoralización en Judá, 2 Rey. 8:18, 26, 27, 884-772 A. C. Bajo Jehú, quien acabó con la casa de Acab, de conformidad con el mandato divino dado por conducto de Elíseo, 2 Rey. 9:1-10, y exterminó los adoradores de Baal, 10:18-28; y bajo Joacaz, hijo de Jehú, Siria la nación enemiga de Israel desde muy atrás, oprimió en gran manera tanto a Israel como a Judá, 2 Rey. 10:32, 33; 13:3, pero fue repelida por Joás, nieto de Jehú, vers. 25, quien tuvo también buen éxito en una guerra contra Judá, 14:8-14. Bajo el reinado del hijo de Joás, Jeroboam II, contemporáneo del profeta Jonás, Israel, compadecido por Dios, y hecho objeto de su misericordia, alcanzó por algún tiempo mayor prosperidad que la que jamás había tenido, 14:23-28. Pronto descendió sin embargo, de esta altura, bajo el reinado de Zacarías, el último monarca del linaje de Jehú, 772-721 A. C. El usurpador Salum fue depuesto por el cruel Manahetn, quien recogió de su pueblo el tributo exigido por Pul, el primer invasor asirio, 2 Rey. 15:13-20. Pecaía, hijo de Manahem, fue muerto por el usurpador Peca, cuyo reinado de 20 años se hizo memorable por la deportación de los habitantes de la parte septentrional y trans-jordanica de Israel, y por la alianza de este monarca con el rey sirio Resin contra Judá, reino que oportunamente fue socorrido por Teglat-falasar, 2 Rey. 15:23-29; 16:5-9. Oseas, el siguiente y último usurpador del trono de Israel, fue hecho tributario de Salmanasar rey de Asiria, conspiró con Egipto contra él, y fue castigado con prisión y con la captura de su capital Samaria, después de un sitio de tres años. En seguida, en la final deportación, hecha por Sargon, 721 A. C., del resto del pueblo de Israel a Asiria, fue cumplida la predicción de Ahías, 1 Rey. 14:15, así como las amenazas de los profetas que le precedieron y sucedieron, Deut. 28:58, 63; Jos. 23:15; Ose. 1:4-6; 9:16, 17; Amós 5:27; 7:11; Miq. 1:6.

La tierra de Israel fue después ocupada por paganos de los Estados del rey de Asiria, que unieron una aceptación parcial de Jehová con su propia idolatría, 2 Rey. 17:24-51; Esd. 4:1, 2, 9, 10, y quienes con lo que había quedado de los Israelitas, fueron los progenitores de los Samaritanos del tiempo de nuestro Señor.

El pueblo de Israel nunca volvió de la cautividad como nación, y hace muy largo tiempo que se cuenta como "perdido." No solamente la tribu de Leví, sino muchos miembros piadosos de otras tribus se asociaron desde tiempos muy remotos con Judá y Benjamín, 2 Crón. 11:13, 14, 16, e indudablemente

algunos descendientes de los expatriados Israelitas volvieron de la cautividad con Judá, con permiso de los monarcas Persas, Jer. 50:1-5, y en otras épocas también. De la posteridad de todos estos se formó el "Israel," o "pueblo judío" del periodo posterior al destierro, y de la época de nuestro Salvador, Esd. 3:1; 5:1; Luc. 2:36; Hech. 26:7; Sant. 1:1.

"Efraín," a causa de la preeminencia de la tribu de ese nombre, es a menudo sinónimo del reino de Israel, Isa. 11:13; Ezeq. 37:16-22.

Hay muchas profecías que indican, según muchos piensan, el regreso de partes de ambas casas de Israel a Palestina; la de Efraín conservada en su destierro, para ser convertida a Cristo, aumentada hasta ser "plenitud de naciones," y por último llamada del norte y el oeste, Gén. 48:19; Jer. 31:6-8; Ose. 11:9-11; Zac. 10:6-10; y la de Judá, o sea "los judíos," unida de nuevo a "Israel," Jer. 3:17, 18, y sirviendo lealmente a su Mesías antes rechazado, Isa. 11:11-13; Ezeq. 37:15-27; Ose. 1:10, 11; Rom. 11.

IS-TOB, *hombre de Tob*, algún pequeño reino de Aram o Siria. Véase Tob. Doce mil hombres de Istob se unieron a los Amonitas en la guerra contra David, y fueron derrotados, 2 Sam. 10:6, 8.

ITALIA, no se menciona en el Antiguo Testamento si no es en términos generales, como Quitim, Islas del Mar. En el Nuevo Testamento, Hech. 18:2; 27:1, 6; Heb. 13:24, tiene un interés especial a causa de Roma. Véase esta palabra. La compañía italiana, mencionada en Hechos 10:1, era probablemente una cohorte romana de Italia, estacionada en Cesárea, que había sido llamada así para distinguir la de las otras tropas que habían sido sacadas de Siria y de las regiones adyacentes.

ITAMAR, *isla de palmeras*, el hijo cuarto y el menor de Aarón, consagrado al sacerdocio, Exod. 6:23; Núm. 3:2, 3. Su posteridad tuvo a su cargo el tabernáculo en el desierto, Exod. 38:21; Núm. 4:28. Después de la muerte de Nadab y Abiú, Lev. 10:1, 2, sin tener hijos, Núm. 3:4, Eleazar e Itamar fueron designados para reemplazarlos en el sacerdocio, 1 Crón. 24:2; y por algún tiempo varios miembros de la familia de Itamar, a saber, Elí, Aitob, Abimelec y Abiatar, desempeñaron el cargo de Sumos Sacerdotes; pero en el reinado de Salomón ese cargo fue restituido a la familia de Eleazar, 1 Rey. 2:27. Véase Abiatar, Sadoc.

ITAI, *cerca*, l., un natural de Gad, y por lo tanto extranjero en Judá. Siendo fiel amigo de David, no pudo ser disuadido de seguirle cuando este iba huyendo de Absalón, 2 Sam. 15:19-22; comp. Rut 1:15-18; y fue puesto al mando de una tercera parte del ejército, 2 Sam. 18:2, 5, 12. 1024 A. C.

II. Un Benjamita, uno de los treinta valientes de la guardia de David, 2 Sam. 23:29; llamado Itai en 1 Crón. 11:31.

ITUREA, una región en la extremidad nordeste de Palestina, que perpetuaba el nombre de Jetur, hijo de Ismael, Gén. 25:15, 16, y perteneciente a la media tribu de Manasés, 1 Crón. 1:31; 5:19. El nombre de Jedur todavía se conserva allí. En tiempo de Cristo, Iturea estaba en la Tetrarquía de Filipo, Luc. 3:1. Estaba entre el mar de Galilea y Damasco, y tenía a Hermón al oeste, a Traconitis al este, y a Auranitis al sur. Por el año de 20 A. C. pasó a poder de los Romanos, y fue dada a Herodes. Se dice que sus habitantes eran arqueros hábiles y ladrones diestros. Es una tierra escabrosa, excepto en la parte sur, y contiene cosa de 30 poblaciones pequeñas.

IVA, 2 Rey. 18:34; 19:13. Rawlinson supone que es Ava (y Ahava). Véase esta palabra.